La pareja, un tótem o una opción

José Antonio Tapia Jacobo

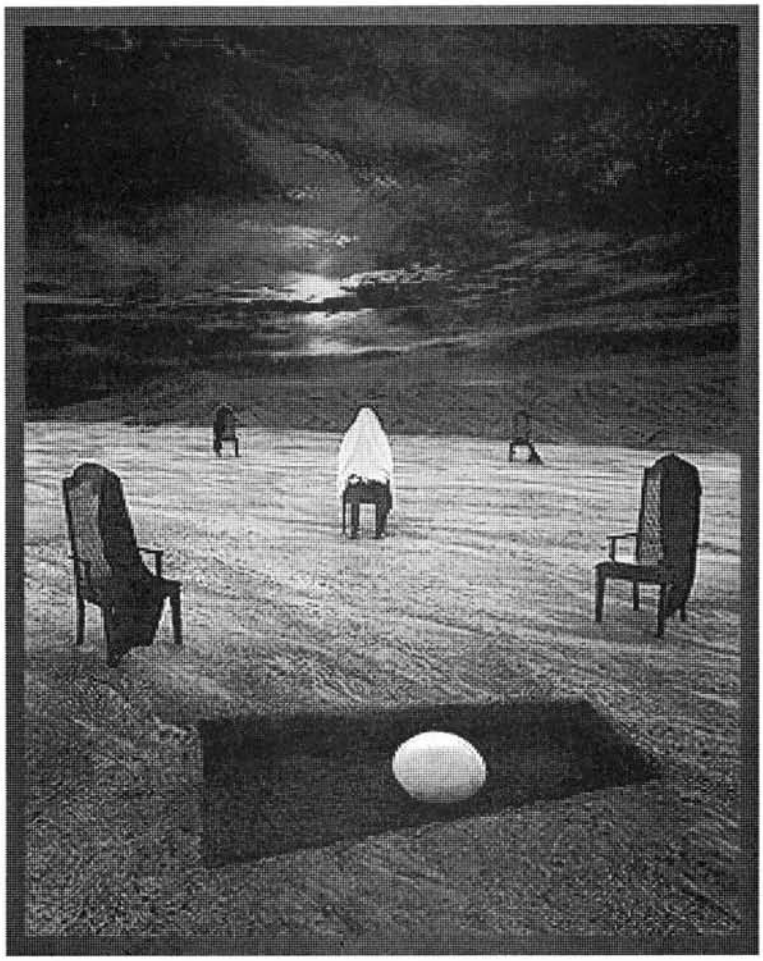
Cuando se hace referencia en la escuela —ese territorio llamado a ser de todos— a una gran mujer mexicana, se menciona a Sor Juana Inés de la Cruz, doña Josefa Ortiz de Domínguez, La Malinche o Rosario Castellanos... Una crónica tan escasa de un género tan capaz, como versátil, que ocupa todos los espacios de soporte, de acción, de esfuerzo. Una mínima referencia en periodos tan amplios de la historia nacional: el mundo precortesiano, la conquista, la colonia, la independencia, la reforma, la revolución, el México contemporáneo.

De los últimos 2 000 años, quizá sólo en este último siglo, seamos capaces de admitir la valía del aporte de la mujer y lo revolucionario de su presencia en él. Sin embargo, no perdamos de vista que, movidos dentro de un universo eurocentrista, nos consumen sus diferentes órdenes epistémicos, que lo mismo aniquilan una cultura que les resulta extraña y contraria a sus concepciones —para el mundo europeo de 1492 no existíamos como territorio, población, estructura, cosmos— que suprime el aporte y presencia de la mujer en el colectivo de las grandes estructuras generadas a lo largo de su historia: del gineceo griego al palacio romano, del feudo al castillo absolutista, de la república francesa y la federación americana, a la sociedad post industrial. El camino de la historia para ella ha sido excluyente, de manera similar al esclavo helénico: sin derecho, sin prestigio y sin propiedad. Si el patriarcado canceló a la mujer sus derechos sexuales, los derechos sociales y políticos se esfumaron también en ello. Pero su tenacidad ha sido mayor y anónima.

Se dice que la historia "la hacen los vencedores" y yo agregaría: "Y tales no son mujeres", quizá porque la vida y su trascendencia no son: la rivalidad del enfoque belicista masculino, sino la suma generosa, que perfecciona la simiente hacia el fruto prodigioso, intuida por naturaleza y promovida por maduración gradual. Ésta última se observa reflejada en el voto que ha hecho a la realidad nacional, de la misma forma que lo hace al concepto "pareja" —un término de la modernidad—: relación entre iguales en derechos y responsabilidades, bajo el influjo de un concepto indefinible por lo infinito de sus implicaciones: el amor, con las más diversas modalidades: urbano, rural, estrato social, nivel académico, etcétera; una vigencia de toda la vida (30 años o más) y todas las combinaciones que tales posibilidades pueden aportar. Un estado diferente al anterior. Hombre-mujer, amo-esclavo; roles restrictivos y discriminatorios y valores supeditados al varón. Mujer: ama de casa, madre, hija, esposa, sometida y manejadora del hogar en el estrato económico superior y en los inferiores; reproducido por imitación con la deficiencia de la escasez del pecunio, que implica la doble y triple jornada laboral para la mujer, con sueldo inferior y responsabilidad igual, más la responsabilidad extra del hogar. Esto ¿ha desaparecido en nuestro medio? Por desgracia ¡no! ¿Qué hacer? ¿En dónde del recorrido último se escapó su agotamiento necesario? Demos una vista a lo ocurrido y quizá allí se encuentren aún, los agentes posibilitadores de un concepto útil "la pareja" tan democrático, como la sociedad a que aspiramos.

México en 1910: 15.16 millones de habitantes, eminentemente rural: 71.3% y en lo urbano, breve. Las cua-

tro ciudades con mayor tamaño suman 740 000 habitantes. Incidentalmente industrial, afrancesadamente burguesa, altamente concentradora e injustamente distribuida, engendra una *revolución:* un flujo de masas y valores, que rompía ataduras económicas, ideológicas, estructurales; con la mujer incorporada en una subordinación fiel, solidaria, activa, en tránsito que percibe y suma. Este periodo se extiende hasta 1930, el post revolucionario. Con la *Constitución* se incorpora el divorcio y la primera autonomía femenina: *la autonomía social.* Se accede a la educación y con José Vasconcelos y Gabriela Mistral desde la SIP (Secretaría de Instrucción Pública), se funda la Misión Cultural, una nueva concepción en lo laboral y lo social, con alto impacto en la reforma agraria, con vocación de servicio y mística nacional femenina. Ambos recursos, divorcio y misión cultural, dan a la mujer la posibilidad de otro cariz al ejercicio de la sexualidad y otra conducta social: la solicitud de derechos políticos.



1935, al partido en el poder le asusta el antecedente de la cercanía del género femenino con la Iglesia y la posibilidad de su manejo político por ésta, por lo que sólo al consolidarse políticamente, accede a la posibilidad de otorgarlo en 1953 y así, la segunda autonomía: *la autonomía política* que le otorgaba en conciencia la posibilidad de elegir no sólo a la autoridad política, sino aún pareja, aquello que hasta ayer le era seleccionado por otros: padres o partidos políticos, hoy era don exclusivo de ella logrando: la elección libre, la mayoría de edad; el respeto universal.

Cuánto poder encierran estos conceptos y cómo es omitida su vigencia, muy atrás el concepto madre histórica, hoy el concepto madre total, madre autónoma, ¿Cómo explicar esta ruptura? Inicia en 1950, con el anticonceptivo, que liberando de la maternidad, separa placer de maternidad y en ello, otra causalidad de relación, no sólo engendrar; otros valores, otros recursos y la conquista superior de todo esto, *la integración de la ternura a la totalidad,* de lo individual y lo conjunto, enfocados debidamente y al día, dinámicos en los hechos y no pasivos o estereotipados como fotografía de boda: con nuevas modalidades para la nueva situación de la pareja, donde la mujer rompió moldes y aportó la savia fresca del abrigo.

La revolución sexual de los años sesenta fue la segunda ola que agotó el determinismo mexicano; la mujer vota, desea mejor trato, maternidad y opción sexual. En México se incorpora a la decisión política y en 1968, no sólo para barrer locales sindicales, preparar café, botear y repartir folletos, formar frentes y marchas, sino también para escribir artículos y criticar propuestas.

Hoy existe educación superior próxima y accesible, tecnología y medios que reducen las distancias y multiplican los comunicados. Pero ahí también lo crítico: Quien maneja, lleva. ¿A dónde? Habrá que incorporar también en esto, la aportación femenina y reducir a lo mínimo, el impacto mercantil globalizado, que esclaviza a ambos géneros sin excepción.

Nos encontramos por vez primera ante la necesidad de la voluntad dual del ejercicio pareja, para la conservación del valor y transformación del entorno, en términos de confianza, con renuncia individual y trasponiendo ideales a través de la conquista de lo tierno, una tercera autonomía: "la económica"; en una aceptación análoga a lo señalado por el arquitecto renacentista León Battista Alberti: "La belleza es la armonía y el acuerdo de todas

las partes logrados de tal manera que nada se podría agregar, quitar o alterar excepto para empeorarlo" y no aquello; que nacido del perfeccionamiento del proceso de cadenas productivas, transformó la necesidad en consumo, éste en propaganda, ello en publicidad y hoy la alienación máxima: el consumo de la imagen, no del producto. La antieconomía del "parecer", "imagen social" "status", como proclamas de un bombardeo audiovisual hacia el sometimiento.

¿Cómo enfrentar el futuro en pareja? Con fórmula singularmente acordada, por sobre fórmulas aprendidas en casa y por años, dando a este consenso longitud en el tiempo. Es ir del mundo de la privacidad (mío) al mundo de la intimidad (nuestra) en el mundo de la satisfacción (colectiva) por la asunción de la diversidad en la complejidad, de un pensamiento lineal ya oral, ya escrito, al pensamiento estético de la realidad cuatridimensional, ésta que nos aqueja, de tres dimensiones e incorporado el tiempo. Tenemos en el consenso, la urgencia de recuperar el pasado, donde todo podemos conocer, pero nada podemos cambiar; aspirar al futuro, del que todo ignoramos, pero del cual todos podemos ser parte activa de su configuración final, por nuestra actuación hoy presente. Esa efímera sección de la esfera total que llamamos presente y la cual sólo espera la aportación de nuestras certezas, que le den armonía a su contenido sumatorio. Es pues un compromiso grave, mayor al del inicio de siglo que era: salvar del analfabetismo a su gran mayoría: 7.8 millones de mexicanos, el 72% de todos ellos, cifra que 90 años después ha sido reducida a una mínima parte, toda vez que hoy en día 6.2 millones de mexicanos no saben leer ni escribir.

Este resultado mueve a dolor, como el que inició nuestra exposición: las heroínas, su breve dimensión como resultado. Sentimos pues, un triple compromiso: 1. Con nosotros, crecer la autoestima y valía propia. 2. Con nuestro próximo, ser efecto multiplicador de sus afanes. 3. Tomando como propia cualquier tribuna, promover el pacto solidario humano/entorno, todo, bajo un nuevo enfoque epistémico que nos permita la combinación de la belleza —creación humana— con la hermosura —obra natural— que nos rodea, su defensa y no más la idea que se maneja del género femenino: Verse, para ver cómo la ven; ni aquélla igualmente absurda, de la subordinación al patriarcado.

Tenemos como nación este tiempo para construir y consolidar una cultura deseada, ante la supresión de fronteras que en lo político y lo económico en los medios se manifiesta. Y sólo la educación, una de totalidad en lo horizontal y lo vertical, con contenidos de actualidad, localidad y crítica, nos puede servir para tal caso.

Ante una sociedad burocrática de consumo controlado, una sociedad revolucionaria en lo ideológico y en lo productivo, con plenitud de conciencia en lo tierno. Con una idea de interés compartido de nación: con un sentido de justicia, en la oportunidad de participar. Sin esto percibido y practicado, nos empujamos a un desmembramiento social, con la pérdida de un sentido de lo posible en lo nacional y de un destino compartido futuro. Tal hecho nos aleja de una actitud firme de defensa del interés tanto en lo propio como en lo colectivo, y no será la globalización, nuestro fracaso o deterioro nacional, sino nuestra indiferencia y la división interna, los factores determinantes de nuestra tragedia. El temor de reconocer por vez primera, lo sano del privilegio al que actúa, con la actualidad y vigencia del principio jurídico: la ley al servicio de todos y no éstos al servicio de ella. La mujer como coautora social, al amparo y beneficio de los recursos y espacios que esta sociedad genere.

Sufrimos hoy la atrofia de la memoria, es el riesgo dominante en la educación y cultura de la mitad postrera de este siglo que se aleja; nuestro espacio interior ha enmudecido o se haya obstruido por la estridencia de lo trivial y lo paupérrimo del engreimiento burgués residual, alejando de nuestro dominio la historia reciente, el esfuerzo supremo del género y sus representantes por dar y dar infatigablemente. La suma de mensajes y de datos nos envuelven, apoyando la permanencia del modelo; pero hoy más que nunca, el reconocer es grabar en la memoria lo que ocurre y dar crédito y compartir con él, la suave trascendencia de la vida. Nuestra propia existencia, la nacional, la del mundo mismo. Un ocio que nos lleve al surgimiento de simientes múltiples, héroes numerosos y rezagos nulos. Ya no, detrás de un gran hombre una gran mujer, ¡nunca más detrás! ♦